DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Emili Solano, monje de Montserrat
16 de julio de 2017
Is 55, 10-11 / Rom 8, 18-23 / Mt 13, 1-23

Hermanos,

La parábola del sembrador que hemos leído en el Evangelio de hoy, al igual que la primera lectura, habla de la eficacia de la Palabra de Dios.

Leer y escuchar la Biblia, ¿nos hace cambiar en algo?, ¿nos ayuda a vivir mejor? Y es que Dios habla, no para informar al hombre de cosas que sería bueno que supiera, sino para transformar nuestro corazón. Por eso dice Isaías: "así será mi palabra, que sale de mí boca: no volverá a mi vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo".

Sucede, sin embargo, que la Palabra de Dios no actúa coactivamente sobre el hombre, sino que debe ser acogida, la debemos admitir en nuestra vida, debemos dejar que nos acompañe. Esto es lo que ilustra la parábola del sembrador. Cristo no deja de plantar la semilla y de procurar hacerse cercano a los hombres. Nada desea más que ser conocido y amado. Y esta semilla tiene fuerza para dar fruto abundante, ¡el ciento por uno! Por malo que venga el año, esta semilla da fruto..., a menos que algo lo impida.

Si nosotros estamos recibiendo continuamente la semilla de la palabra de Cristo, ¿a qué se debe que no demos fruto o que no damos todo lo que teníamos que dar?, es decir, ¿poqué nuestra vida no es más virtuosa? La culpa no es del sembrador, ni de la semilla - que tiene poder de germinar -, sino de la tierra donde cae esta semilla. ¿Qué hay en nosotros que impide a la Palabra dar el fruto de las buenas obras? Jesús mismo lo explica claramente. Es, en primer lugar, el no entender la Palabra, el no pararnos a asimilarla, a meditarla, a orar; la superficialidad hace que el Maligno se lleve la cosecha, y el no estar arraigada hace también que cualquier dificultad arruine la cosecha.

Otra causa de no dar fruto es el tener miedo a los desprecios y burlas; quien busca quedar bien delante de todos y ser aceptado por todos y no está dispuesto a ser diferente, incluso a ser despreciado por causa de Cristo y de su Evangelio, este tal no puede agradar a Cristo ni acoger su Palabra.

Pero también están las preocupaciones y afanes de la vida y la afición sin medida a las cosas de este mundo; sin un mínimo de sosiego para escuchar a Cristo y sin un mínimo de sacrificio, de austeridad y de pobreza, la palabra sembrada se ahoga y queda estéril. El que no da fruto es el único responsable de su propia esterilidad. El pecado es el verdadero mal.

Este evangelio muestra también cómo los Apóstoles, que escuchan la parábola, no se conforman con su propia interpretación: lo que según su capacidad pueden entender o imaginar; prefieren preguntar a Jesús, poque la Palabra de Dios debe ser saboreada en la oración. Es allí donde muchos fragmentos del evangelio se iluminan para nosotros.

Pedimos pues a la Virgen María, ser cada día esta tierra buena y que la vida de su Hijo dé en nosotros fruto abundante, una, ciento; otra, sesenta; otra, treinta.